## En el centenario de Frank Kafka



na mañana, Gregorio Samsa, se despertó convertido en un enorme insecto... Aún recuerdo la impresión que me causó, en mi adolescen-

cia, la primera fase de la primera obra que leía de Kafka. (Época de Nietzsche, de Becket, de Sartre y de Camus...) No sé por qué, como escenario de la metamorfosis, me imaginaba un día gris pero sin lluvia; un día pesado, con el color de los malos sueños. Una ciudad con las calles solas. Calles del norte de Europa, como ésas que aparecen en las películas americanas cuando quieren mostrar la «desolación que hay tras el telón de acero».

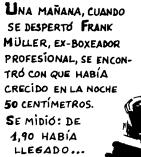
Mi homenaje a Kafka aborda también un problema de cambio, pero de cambio cuantitativo, aunque se plantee, de paso, un problema metafísico: ¿puede un cuerpo crecer indefinidamente? Vi una película «kafkiana» —ahora no recuerdo el título— cuyo protagonista iba disminuyendo de tamaño, hasta el punto de tener que luchar con una araña. La disminución de lo corpóreo se acerca, asintóticamente, al punto geométrico, a la mónada leibniziana. Quizá a la «aniquilación». (¿Puede existir algo material sin extensión?) La disminución es angustiosa. Pero quizá sea más escalofriante el crecimiento, lo que se sale de lo «normal» «hacia arriba». Gregorio Samsa es más terrible como «enorme insecto» que como «pequeño elefante»

Quizá el paciente lector encuentre trivial mi homenaje a Kafka: la idea la he desarrollado mediante un «cómic». (Aunque sea un anglicismo me gusta más que la palabra «historieta», que tiene un no sé qué de despectivo.) El «cómic» sigue siendo, para muchos, un arte menor, incluso un «infra-arte». A los que así piensen les pido respetuosamente perdón. Pero sé que existen también muchos que, sin abdicar de sus principios de seriedad intelectual, valoran lo que el lenguaje gráfico tiene de aportación indudable a la cultura de la imagen e incluso a la cultura en su sentido más amplio.

La historia, por imperativos de espacio, está contada sólo en sus rasgos esenciales. Pienso que da para más, puesto que se plantea un problema físico-metafísico, por una parte —un hombre que crece indefinidamente— y, por otro lado, una serie de problemas sicológicos e incluso éticos: cómo vive él y cómo viven los demás su situación; si es un peligro para la humanidad y, en consecuencia, debe ser destruido, etc., etc. Todo eso he tenido que obviarlo. Me limito, por tanto, a las grandes fases de la historia y a dejar en el aire la problemática final: en un espacio euclidiano-newtoniano la «solución» sería distinta que si el espacio es una hiperesfera de Riemann --el espacio einsteniano— ilimitado, pero curvo. La dificultad para «imaginar» la solución final al problema de la expansión indefinida de lo cuantitativo es la misma que tenemos siempre para «imaginar» —y, sobre todo, pensar- el problema del espacio: si el espacio de tres dimensiones se curva mediante una cuarta dimensión, ¿esta cuarta dimensión, a su vez, dónde se curva? ¿Hay otra vez un proceso «ad infinitum» como en las aporías del viejo Zenón? Etc.

Lo que sigue no es más que el esbozo de lo que podría haber sido. Pero, en definitiva, creo que esto le acontece a casi todo lo que hacemos. E incluso a nosotros mismos.

José M.ª Benavente Barreda

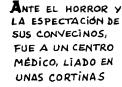




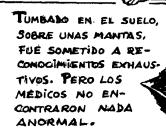


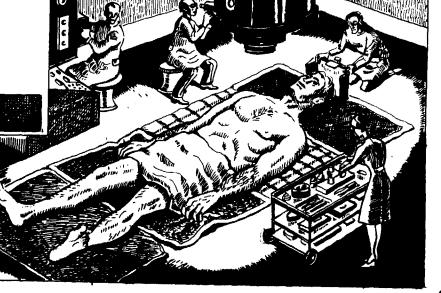




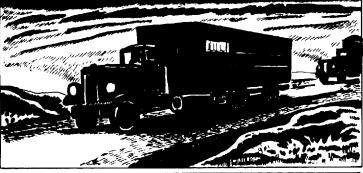












UN DÍA LE DIERON LA NOTICIA DE QUE SU MUJER HABÍA SIDO INTERNADA EN UN SANATORIO SIQUIÁ-TRICO. PERO NI SIQUIERA TUVO TIEMPO PARA ESTAR TRISTE ...





TRES DÍAS MÁSTARDE, DURANTE LA NOCHE, ROMPIO EL ENORME CAJON QUE LE SERVÍA DE COBIJO .









HORRORIZADO Y DESESPERADO, HUYO LEJOS DE ALLÍ.



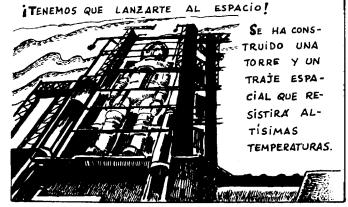








CARTAS EN EL ASUNTO. PRIMERO SE PENSÓ EN SU ELI-











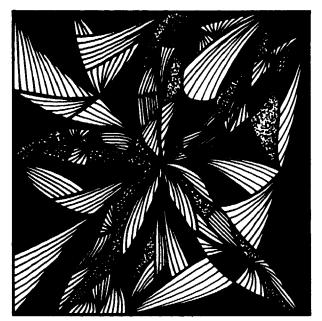






## EN#AYO porque dudo





V. MEAVILLA - 83



V. ARAVILLA-Y3